

## LAS NOCHES DE LAS MIL Y UNA NOCHES

Por Naguib Mahfuz  
(Plaza & Janés)

Que un árabe acometa la continuación de *Las mil y una noches* es un desafío tan grande como el que arrostraría un cristiano que escribiera lo que le sucedió al personaje Dante al regresar del ultramundo. Quien decidió enfrentarlo, Naguib Mahfuz, mereció el Premio Nobel en 1988. Y lo cierto es que no salió muy mal parado de semejante desafío.

El día siguiente a la milésimoprimer noche, el sultán Shahriyar convoca a su visir Dandán para comunicarle que ha decidido desposar a la hija de éste, Sherezade, la cual, con su arte del relato, había logrado detener la sangría de vírgenes ordenada por el sultán. Nada se dice de los motivos que inspiraran semejantes órdenes (la doble traición de la que Shahriyar fue testigo y parte: la de la mujer de su hermano y la de su propia esposa): toda ejecución carece en última instancia de motivos que la justifiquen, y el sultán carga entonces sobre sí con su pasado sanguinario. Nada queda del arte del relato cifrado en Sherezade: la perpetua dilación del fin (del relato, de la vida) suscitada por la creación, sabias y oportunas interrupciones mediante, de expectativas por lo que habrá de seguir.

Los sucesos sobrenaturales (lo fantástico) van ingresando lentamente y con cierta duda moderna, integrada a la narración, sobre su verosimilitud. Una vez dentro, sin embargo, se instalan para quedarse. El sultán, su visir y sobre todo Sherezade son poco más que un trasfondo estructural. Las historias transcurren en la ciudad en que ellos habitan, y particularmente en un barrio. Unos pocos personajes las arrostran, pasándose el protagonismo unos a otros. Más allá de eso, los episodios constituyen una serie de pequeños relatos al modo de *Las mil y una noches*, y casi siempre inspirados en ellas.

Otro elemento de cohesión, el más moderno, el que parece haber sido principal objetivo de Mahfuz y en nada proviene del libro madre, está constituido por ciertos rasgos omnipresentes en el mundo narrado, un pasado lejano, casi atemporal, demasiado parecido al actual mundo árabe, y no sólo árabe: funcionarios corruptos, policías que los defienden de la gente honesta, grupos fundamentalistas clandestinos, tortura, robo, asesinato.

Con todo, la fuerza central de la unidad novelesca pretende estar centrada en la conciencia del sultán, quien, tras tantas turbias historias de corrupción entre sus funcionarios y súbditos, adopta ciertas sabias medidas al respecto y resigna el poder y el amor que no ha sabido ganarse con la justicia de sus actos.

Los diálogos son siempre aforísticos, llenos de sentencias de la antigua sabiduría árabe, religiosa y laica. Y la narración, pese al alto desafío encarado y la consiguiente comparación inevitable con uno de los monumentos de la historia de la literatura, no carece de encanto. Al margen de las objeciones que puedan hacerse, no es eso poco decir. (Traducción de María Luisa Prieto; 252 páginas.)

*Pablo Ingberg*